

‘ALIMENTAR A LA BESTIA’

DONDE NO HA LLEGADO NADIE

Gonzalo Pernas

Es algo que se conoce. Salvo brillantes excepciones, los libros de montaña y expediciones no suelen caracterizarse por su calidad literaria: en contadas ocasiones cuando son los propios protagonistas quienes los escriben, y más frecuentemente cuando los *negros* tienen el oficio de un Edward Saunders, el reportero al que Shackleton dictó lo necesario para escribir *Sur* (1919). Digamos que es difícil dar con libros que no se vean fagocitados por el tema, a veces descuidando el estilo, o que logren una visión *compleja* sobre la vida y el mundo sin caer más o menos de lleno en la cursilería y los clichés. No es el caso de *Alimentar a la bestia*, que hace justicia al género en la forma y en el fondo. De la primera se encargó Al Alvarez (1929-2019), de quien también hay que mencionar *El dios salvaje* (1972) por tratar —quizá de manera algo relacionada con este título— sobre el suicidio. Por el segundo pasan amigos y conocidos como Mo Anthoine y Joe Brown, pero también Bonington, Scott o el legendario Don Whillans; para los legos, algunos de los mejores alpinistas británicos del siglo XX.

Cualquier lector mínimamente entrenado sabe que *Alimentar a la bestia* va a ser bueno desde el primer párrafo. Pero aparte de tener *eso*, cuenta lo que no tantos libros de montaña cuentan con generosidad. Principalmente a partir de las paráfrasis de Mo, reflexiona sobre el mundo mental de los escaladores o sobre cuestiones como el egoísmo en situaciones límite. También sobre cómo la prensa se olvida de los no *profesionales*, incluso cuando tipos como Anthoine o Clive Rowlands enmendaron la plana de quienes sí lo eran en su expedición al imponente Baintha Brakk (7.285). Pondera la generosidad que suele darse en las montañas difíciles, pero no de una manera tópica (Mo comenta que, salvo casos extremos, «uno tiende a perdonar el egoísmo porque todo el mundo sufre mucho»). Resumiendo, aborda toda una serie de valores éticos, estéticos y filosóficos: los propios de un montañismo que no es ya el de nuestros días y que tiene más en común con la era Kukuczka, como podrá averiguar quien se asome a *Escaladores de la libertad. La edad de oro del himalayismo polaco* de Bernadette McDonald (Desnivel, 2015).

Pero a Mo Anthoine (1939-1989) no le fueron solo las aventuras de montaña: «también me gusta ir a la selva, remontar ríos, explorar. Me gusta visitar lugares donde no ha llegado nadie antes. Los sitios verdes de los mapas». He aquí una concepción expedicionaria que nos recuerda a Humboldt y a Élisée Reclus, así como a una noción integral y universalista de la naturaleza que ha quedado bastante diluida hoy, en el tiempo de la especialización y la velocidad, a pesar de que todavía exista un Himalaya remoto e



De izquierda a derecha, Clive Rowlands, Chris Bonington, Nick Estcourt, Doug Scott, Paul Braithwaite y Mo Anthoine. Al fondo, el Baintha Brakk, también conocido como El Ogro.

inexplorado, y una pequeña élite de alpinistas que continúan lo empezado por tipos como Mo, Brown o Rowlands. De haber llegado a ese momento en el que se abandona la primera línea, el alimentador de su bestia hubiese facilitado las cosas a los más jóvenes: «Aquí hay una lista que servirá para ahorrar mucho tiempo». Inmediatamente después podríamos haberle visto de camino hacia las Shetland, participando en una carrera de trineos en Alaska o embarcado en el proyecto de dar la vuelta al mundo en coche.

En definitiva, *Alimentar a la bestia* va de los dos *yoés* que todos tenemos; de lo magnífico que es que se encuentren y de lo triste que es «morirse sin saber quién eres o de lo que eres capaz». Los dos Anthoines se encuentran en un paredón húmedo y desplomado del Roraima, en el citado Baintha (también conocido como el Ogro) y en un Everest aún sin masificar. También leemos sobre lugares menos exóticos, como Dolomitas o el Old Man de la Isla de Hoy; escaladas que el autor compartió con quien también defendió el «principio de placer» en el montañismo y la importancia de que no termine por convertirse en algo mercenario. Solo añadir que este opúsculo vio la luz muy poco antes del emotivo entierro de Anthoine, cuando *Amor*, el poema de Miroslav Holub, hizo llorar hasta al último de los alpinistas que acudieron a despedirse del personaje principal de *Feeding the Rat*. No hubiese estado mal conservar el matiz punk del título original... Quizá sea todo lo que se puede reprochar.

ALIMENTAR A LA BESTIA

Al Alvarez

Libros del Asteroide. Barcelona, 2020

Alvarez reflexiona sobre el mundo mental de los escaladores y aborda los valores éticos, estéticos y filosóficos de un montañismo que ya no es el de nuestros días